

PERSONAJES.

DUX DE VENECIA.

BRABANCIO, senador.

Otros Senadores.

GRACIANO, hermano de Brabancio.

LUDOVICO, pariente de Brabancio.

OTELLO, moro noble al servicio de Venecia.

CASIO, su teniente.

YAGO, su alférez.

RODRIGO, caballero veneciano.

MONTANO, predecesor de Otelo en el gobierno de Chipre.

BUFON, sirviente de Otelo.

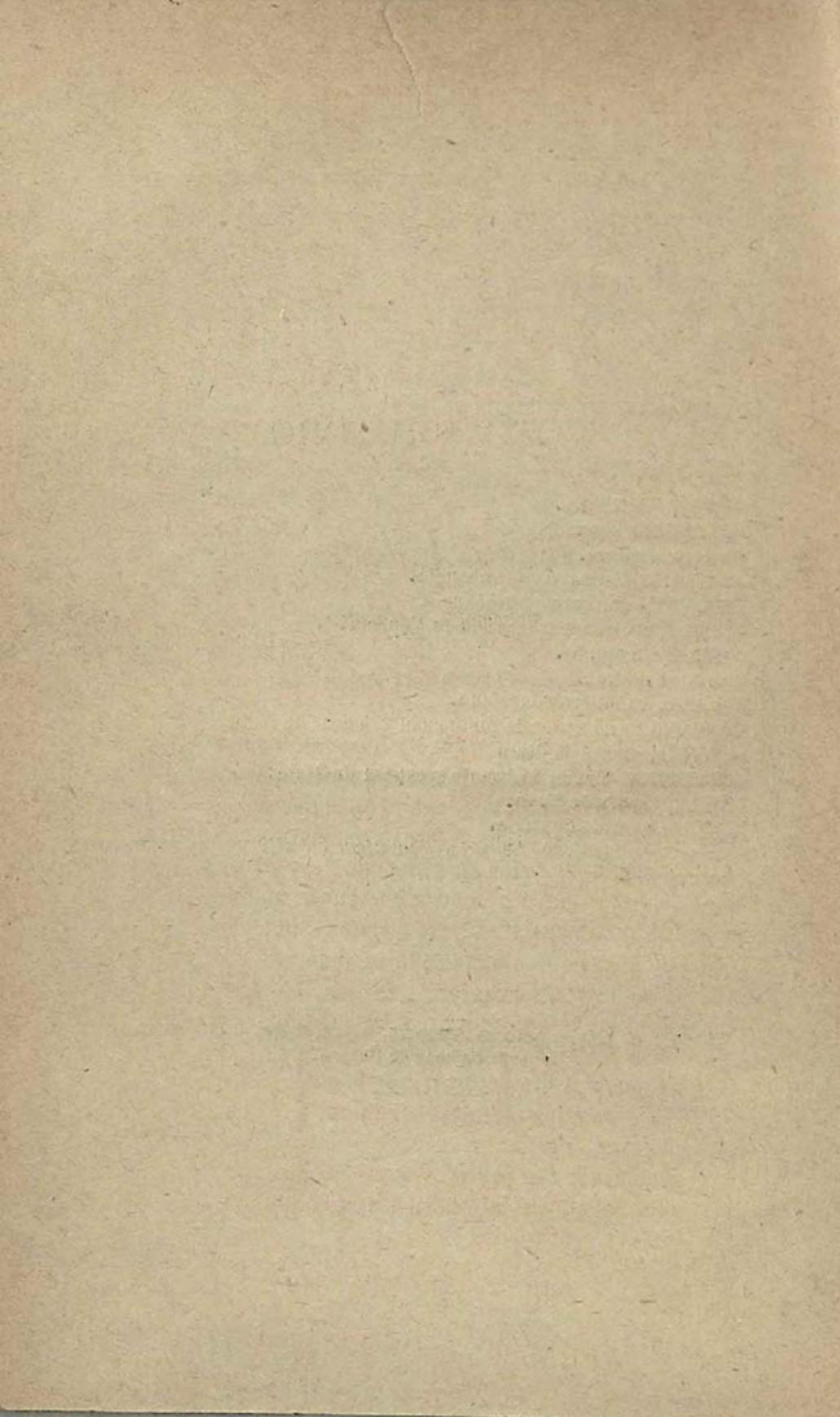
DESDÉMONA, hija de Brabancio y esposa de Otelo.

EMILIA, esposa de Yago.

BLANCA, querida de Casio.

Marinero, mensajero, heraldo, guardias, caballeros, místicos y servidores.

Escena: el primer acto en Venecia; el resto del drama en un puerto de mar de Chipre.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Venecia. — Una calle.

Entran RODRIGO y YAGO.

RODR. Tente: no digas más. Me hiere el alma
Que Yago, tú, que usaste de mi bolsa
Cual dueño de sus cintas, tal supieras...

YAGO. ¡Vive Dios! Si no quieres escucharme:
Ódiame si soñar en eso pude.

RODR. De tí llegué á entender que lo abominas.

YAGO. Despréciamе si no. Tres distinguidos
Nobles de la ciudad, que su teniente
Me hiciera le rogaron; y te juro
Que mi valor conozco, y lo merezco.
Mas él, lleno de orgullo y petulancia,
Replica con arenga rimbombante
De marciales epítetos henchida;
Y, en resumen,
Repulsa á mis padrinos, pues les dice:
«Ya veis que á mi oficial tengo nombrado.»
Y éste, ¿quién es?

¡Pardiez! Es un insigne calculista,
 Es un tal Miguel Casio, un Florentino
 Que apenas gobernar puede á una dama;
 Que ni de un escuadrón al frente estuvo,
 Y de táctica entiende lo que entiende
 Una virgen. De libros y teorías
 Entenderá: como togado cónsul,
 De eso entiende también. ¡Charlatanismo
 Sin práctica sus dotes de guerrero!
 Pues señor, fué nombrado; ¡y yo, que pruebas
 Ante él dí en Chipre y Rodas y otras partes,
 Entre gentiles y cristianos, debo
 Quedar á sotavento y encalmado
 Por el «debe y haber» de un cuentafichas!
 Él será desde luégo su teniente,
 Y alférez yo de su Excelencia el Moro.

RODR. ¡Vive Cristo! ¡Mejor ser su verdugo!

YAGO. Pues no hay remedio: es plaga del servicio
 Ascender por favor ó por instancia,
 No por escalafón, cual antes era,
 Cuando á un jefe heredaba su inmediato.
 Ahora, tú juzgarás de los motivos
 Que tenga yo para querer al Moro.

RODR. No le sirviera entonces.

YAGO. ¡Ten cachaza!
 Le sirvo hasta que á mí la vez me llegue.
 Ni amos todos podemos ser, ni á todos
 Se sirve con lealtad. Verás á muchos,
 Probos genuflexibles miserables,
 Que, de su humilde esclavitud prendados,
 Cual pobres burros de sus amos, viven
 Por el pienso no más, y, cuando viejos,
 Despedidos se ven: una paliza
 Merecen tan honrados miserables.

BRAB. ¿Qué motiva estos gritos alarmantes?
Decid.

RODR. ¿Está vuestra familia en casa?

YAGO. ¿Y cerradas las puertas?

BRAB. Respondedme.

¿Por qué lo preguntáis?

YAGO. ¡Diablos! os roban,

Vestíos ya, que el corazón os pisan,

Y os han hurtado la mitad del alma.

Negro morueco en este instante mismo

Su amor ofrece á vuestra blanca oveja.

Presto acudid. Al són de la campana

Á los vecinos despertad, que roncan,

Ú os va en abuelo á transformar el diablo.

¡Acudid, pues!

BRAB. ¿Habéis perdido el seso?

RODR. ¿No conoce mi voz vuestra excelencia?

BRAB. No tal. ¿Quién sois?

RODR. Señor, yo soy Rodrigo.

BRAB. Mal llegáis. Ya os he dicho que mi casa

No rondéis: de mi franco labio oisteis

Que no es mi hija para vos; y ahora,

Harto de cena y de insalubre vino,

Por audacia malévola incitado,

Venís á perturbarme.

RODR. ¡Caballero!

¡Caballero!

BRAB. Pues bien: debo advertiros

Que esto os puede amargar; lo garantizan

Mi rango y mi carácter.

RODR. Tened calma.

BRAB. ¿De robo qué decís? Esta es Venecia.

Ni es mi casa almacén.

RODR. Señor Brabancio,

Entregadme, señor, á la justicia
Por engañaros.

BRAB. Encended la mecha;
Dadme una luz, y á despertar mi gente.
Coincide la ocurrencia con mis sueños;
Crearlo verdad mi corazón oprime.
¡Luz, venga luz! (Vase.)

YAGO. Adiós; debo dejarte.
Ni es propio de mi cargo, ni me cuadra
Del Moro en contra atestiguar; y es fuerza,
Permaneciendo aquí. Sé que el Estado,
Aunque acaso le inculpe por el lance,
De él por prudencia prescindir no puede.
Razones poderosas le designan
Para mandar la expedición á Chipre,
Dispuesta ya, pues á ninguno hallan
De su valer para guiar las huestes.
Por eso, pues, odiándolo, cual odio
Del infierno el horror, por ser preciso
La blanca enseña del cariño ostento;
Que es enseña no más. Para encontrarlo,
Al Sagitario á quien lo busque guía:
Allí estaré con él. Hasta más tarde. (Vase.)

Entran BRABANCIO y sirvientes con antorchas.

BRAB. Mi daño es cierto por demás: ha huído.
Sólo amargura á mi deshonra queda.
Rodrigo, ¿dó la visteis? ¡Desgraciada!
¿Con el moro? ¡Quién padre ser ansía!
¿Cómo la conocisteis? ¡Ah, me burla
Sin compasión! ¿Qué os dijo? ¡Traed más luces,
Y despertad á mis parientes todos!
¿Vos los juzgáis casados?

RODR. Lo presumo.

BRAB. ¡Cielos! ¿Cómo salió? ¡Falsa á su sangre!
 ¡Padres, de vuestras hijas por los actos
 El alma no juzguéis! Con amuletos
 ¿No suele corromperse en ocasiones
 A la inocente juventud? Rodrigo,
 ¿Nada los libros dicen de estas cosas?

RODR. Sí tal, señor.

BRAB. Despierten á mi hermano.
 ¡Pluguiera á Dios que hubiese sido vuestra!—
 Vosotros por aquí; por ahí vosotros.
 ¿Dónde al Moro prender podré con ella?

RODR. Pienso que lo he de hallar, si acompañarme
 Queréis con buena guardia.

BRAB. Guíad os ruego.
 A cada puerta llamaré; permiso
 Tengo para las más; armaos pronto.
 Que algunos de la ronda os acompañen.
 Buen Rodrigo, agradezco estos favores. (Vause.)

ESCENA II.

Venecia.—Otra calle.

Entran OTELO, YAGO y servidores con antorchas.

YAGO. He matado en los campos de batalla;
 Pero repugna á la conciencia mía
 Premeditada muerte. Me valiera
 Un corazón peor. Nueve ó diez veces
 Aquí entre las costillas lo lisiara.

OTELO. Mejor que no.

YAGO. Con tan inmundas frases

De tal manera habló de Vuecelencia,
 Que, con la escasa santidad que tengo,
 Me tuve que esforzar por aguantarlo.
 Mas, decid, ¿es legal el matrimonio?
 Debéis tener en cuenta lo querido
 Que es este señorón. Su voz alcanza
 Doble que la del Dux, y divorciaros
 Quizás quiera, y dañaros y afligiros
 Con el poder que para hacerlo tiene,
 Y aunque la cuerda de la ley se estire.

OTELO. Vierta en mí su rencor. Más que sus quejas,
 Voz tendrán mis servicios al Estado.
 Se ignora aún, mas yo quizás publique,
 Al ver que es alto honor la vanagloria,
 Que de sangre real mi vida mana;
 Que aun mis merecimientos por sí solos,
 No es mucho que á tan gran fortuna aspiren
 Cual ésta que alcancé;—pues, Yago amigo,
 Si á la dulce Desdémona no amara,
 Mi libre condición independiente
 Jamás sacrificara ó restringiera
 Por los tesoros que la mar encubre.
 Mas ¿qué luces son esas?

Entran CASIO á distancia y algunos guardias con antorchas.

YAGO. Es el padre,
 Levantado del lecho, y sus amigos.
 Mejor que entréis.

OTELO. No tal; que aquí me encuentren.
 Mi posición, mi nombre, mi alma pura
 Me manifestarán. Decid, ¿son ellos?

YAGO. Creo que no, ¡por vida del Dios Baco! (Aparte.)

OTELO. Servidores del Dux, y mi teniente,
 Buenas noches tengáis, amigos míos.

¿Qué noticias?

CASIO. El Dux por mi os mandada,
Y os ruega, General; que en este instante
Ante él comparezcáis.

OTELO. ¿Qué os pasa?

CASIO. Colijo que serán por Chipre.
Es asunto apremiado de las galeras
En esta misma noche han despachado,
Uno tras otro mensajeros.
Despertados de las islas, ya llegan
Al palacio del Dux. Con gran premura
Se os llama; no hallado en vuestro albergue,
El Senado os manda que tres partidas
Os busquen.

OTELO. ¿Y vos me halléis celebros.
Aquí en casa os diré breves palabras,
E iremos.

CASIO. ¿Cómo aquí, señor alférez?

YAGO. Esta noche abió carraca en tierra:
Si la proca es legal, será dichoso.

CASIO. No entiendo.

YAGO. ¿Y cómo se casó.

CASIO. ¿Con quién?

YAGO. Con... ¡Vamos!

Vuelve á entrar OTELO.

¿Estáis dispuesto, General?

OTELO. Al punto.

CASIO. Aquí viene otra gente en vuestra busca.

Entran ERABANCIO, RODRIGO y guardias con antorchas
y armados.

YAGO. Erabancio es ése. General, cautela;

Dux. De sus intentos recelad.

- OTELO. ¡Eh! ¡Alto!
- RODR. Es el ladrón, señor.
- BRAB. ¡Ladrón! ¡Matadle!
(Prepáranse á luchar de una y otra parte.)
- YAGO. ¡Vos, Rodrigo! ¡Venid, pues, caballero!
- OTELO. Envainad esos puercos relucientes,
No vaya á enmohecerse el rocío.
Más, señor, ordenad con vuestros años
Que con las armas vuestras.
- BRAB. ¡Vil ladrón! ¿Dónde está mi hija?
¡Condenado! La tienes hechizada.
Respondan los que están en sus sentidos.
Sin mágica cadena que la atarroye,
¿Puede hermosa, feliz y tierna virgen,
Que á nuestros más pudientes y gallardos
Jóvenes despreció por no saberse
Huir, causando general ludibrio
Del techo paternal al seno infamado
De un sér que inspira horror y deleite
El universo juzgue si no es claro
Que viles sortilegios empleasteis,
Y que habéis abusado torpemente
De su inocencia virginal con drogas
U otros compuestos que el sentido embargan.
Probablẽ es, y aun evidente á todos
Y, por tanto, os detengo y os acuso
De embaucador universal y adepto
En artes maldecidas é ilegales.
Aseguradle, pues; y si resiste,
A la fuerza será.
- OTELO. Tened las manos
Lo mismo mis parciales que vosotros.
Si el ánimo á la lucha me impulsara
Conocido lo hubiera sin apunte.

¿Dónde he de contestar á vuestros cargos?

- BRAB. En la cárcel, en tanto que el momento
De escucharos señale la justicia.
- OTELO. Y si obedezco, ¿el Dux agradecido
Juzgáis que quedará, cuando emisarios
Para llevarme á su presencia envía?
- GUAR. Verdad, señor. El Dux está en Consejo,
Y avisado ya habrán á Vuecelencia.
- BRAB. ¡Cómo! ¿El Dux en Consejo? ¿En esta hora?
Ahí llevadlo: no es fútil mi demanda.
El mismo Dux, y mis colegas todos
Cual propia afrenta mirarán mi afrenta.
Como actos tales corrección no exijan,
Viles siervos é idólatras nos rijan. (Vanse.)

ESCENA III.

Venecia.—Sala del Consejo.

El DUX y senadores sentados alrededor de una mesa.
Guardias.

- DUX. No juzgo verosímil la noticia.
- SEN. 1.º Improbable también la considero.
Á mí me anuncian «ciento y siete naves.»
- DUX. Á mí «ciento cuarenta.»
- SEN. 2.º Á mí «doscientas.»
Mas, aunque en el guarismo no coinciden,
Y al hablarse de oídas, á menudo,
Diferencias ocurren, dicen todos
Que escuadra turca sobre Chipre avanza.
- DUX. Harto probablè es, á juicio mío.

No quiero que el error me tranquilice;
Lo importante es verdad, y me produce
Grave inquietud.

MARIN. (Dentro.) ¡Eh! ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!

Entra un GUARDIA y un MARINERO.

GUAR. 1.º De las galeras mensajero es éste.

DUX. Y bien, ¿qué ocurre? dí.

MARIN. La armada turca

Hacia Rodas navega. Tal me manda
Mi jefe el señor Ángelo que os diga.

DUX. Y ¿qué decís de semejante cambio?

SEN. 1.º Esto no puede ser, si bien se piensa.

Asechanza es no más: consideremos
La importancia de Chipre para el Turco,
Y por fuerza veremos claramente
Que en más estima á Chipre que no á Rodas;
Que es empresa más fácil atacarla,
Pues ni ostenta su bélico aparato
Ni está fortificada y guarnecida
Como Rodas está. Consideremos
Que el Turco no ha de ser tan poco hábil,
Que así postergue lo que más le importa,
Y lo sencillo y provechoso deje,
Despertando peligros sin ventaja.

DUX. No: no van hacia Rodas, de seguro.

GUAR. 1.º Más nuevas.

Entra un MENSAJERO.

MENS. Nobilísimos señores,
Los Otomanos que hacia Rodas iban,
Con flota de reserva se reunieron.

SEN. 1.º Tal pensé yo. Decid, ¿de cuántas naves?

MENS. Treinta son. Y volviendo atrás sus proas,

Con franco rumbo á Chipre se dirigen.

El animoso capitán Montano,

Que os saluda leal, así lo anuncia;

Y que en la nueva confiéis suplica.

DUX. Es hacia Chipre, pues: es evidente.

¿No se halla en la ciudad Marcos Luquesio?

SEN. 1.º Se halla en Florencia.

DUX. Aviso de mi parte

Llevalde con premura por la posta.

SEN. 1.º Brabancio llega, y el valiente Moro.

Entran BRABANCIO, OTELO, YAGO, RODRIGO
y GUARDIAS.

DUX. Valiente Otelo, á utilizaros vamos
Contra el Turco, de todos enemigo.
Dispensadme, señor: vuestros consejos

(A Brabancio.)

Y auxilios nos faltaron esta noche.

BRAB. Y á mí los vuestros. Perdonad, alteza;
Ni mi cargo del lecho me levanta,
Ni el rumor de quehaceres, ni me trae
Ahora el público bien: mi propio duelo
Es catarata que, en su furia inmensa,
Traga y absorbe á las demás desdichas,
Y en su ser permanece.

DUX. Mas ¿qué ocurre?

BRAB. ¡Hija del alma!

DUX. ¡Muerta!

BRAB. Para un padre.

Engañada, robada, deshonrada

Con hechizos y pócimas de brujos;

Pues de tal modo errar naturaleza,

Sin magia, no es posible.

DUX. Á aquel que, de manera tan indigna,

Á vuestra hija del deber aparta,
 Y á vos dē ella, le leeréis vos mismo,
 Cual lo entendáis, las páginas sangrientas
 Del libro de la ley; ni le valdría
 Ser hijo nuestro.

BRAB. Mis humildes gracias.

Mirad: es este Moro, que aquí viene
 Llamado expresamente por vosotros
 Para asuntos de Estado.

DUX Y SEN. Lo sentimos.

DUX. ¿Qué podéis alegar en vuestra excusa?

BRAB. Que es la verdad tan sólo.

OTELO. Poderosos y nobles caballeros,
 Respetables señores, dueños míos:
 Que de este anciano me llevé la hija
 Cierto es, cual es cierto que es mi esposa.
 He aquí lo capital de mis ofensas.
 Es tosca mi palabra; no conozco
 Pulidas frases que en la paz se aprenden;
 Pues desde siete años estos brazos
 (Que ahora huelgan quizás por nueve lunas),
 Mostraron su vigor en la pelea,
 Y en este grande mundo sólo entiendo
 De hazañas y de bélicos azares.
 Así, pues, congraciarme no es posible
 Al hablaros de mí; mas, si pacientes
 Me queréis escuchar, sencilla historia
 De mis amores os diré: qué encantos,
 Qué drogas, sortilegios y conjuros
 (De emplear estas artes se me acusa)
 Usé para ganar á esta doncella.

BRAB. ¡Una tímida virgen, tan tranquila
 Y humilde, que aun de sí se sonrojaba,
 Contra naturaleza y sus deberes,

Sus años y su patria; contra todo,
 Poder amar lo que mirar temía!
 Sólo un juicio lisiado ó imperfecto
 Dirá que así la perfección se tuerce
 Contra natura. Por lo tanto, es fuerza
 Achacarlo á satánicos manejos;
 Y así, de nuevo afirmo que un brebaje,
 Que su sangre vici6, le propinaron,
 O una hechizada p6cima.

DUX.

Preciso

Es probarlo. No basta que se enuncien
 Tales cargos, fundándose en vulgares
 Suposiciones é improbables juicios.

SEN. 1.º

Pero, hablad vos, Oteló.

¿Arteramente, ó de violento modo,
 Envenenasteis vos y sojuzgasteis
 El corazón de la gentil doncella?
 ¿Ó fué efecto de ruegos, y del trato
 Mutuo de vuestras almas?

OTELO.

Os suplico

Que al Sagitario por la dama envíen
 Y la dejéis hablar ante su padre.
 Si culpable me halláis por su relato,
 Vuestra amistad y el puesto que me disteis
 No sólo pierda yo; la vida mía
 También tomad.

DUX.

Desdémóna aquí venga.

OTELO. Alférez, vos sabéis dónde encontrarla.

Y, mientras llega, cual veraz al cielo

(Vase Yago y acompañamiento.)

De mi sangre confieso los pecados,
 A referiros voy de qué manera
 Gané el afecto de la hermosa dama,
 Y ella el mío ganó.

DUX.

Seguid, Oteló.

OTELÓ. Me quiso bien su padre. Con frecuencia
Me invitaba, y la historia de mi vida
Me hacía relatar, año por año:
Las batallas, los sitios, los encuentros
Que presencié, desde mi tierna infancia
Hasta el momento aquel en que me oía.
Al recorrerla, de apurados lances,
De azares en la mar y en tierra firme,
De inminentes peligros en la brecha,
De caer en poder del enemigo
Y esclavo ser después, de mi rescate,
De viajes remotos y aventuras,
De oscuros antros y áridos desiertos,
Precipicios y rocas y montañas
Que sus cabezas en el cielo esconden,
Tuve que hablar: mis artes fueron ésas.
Del feroz antropófago, de horrendos
Caníbales, de seres cuyos hombros
Ocultan sus cabezas: tales cosas
Con atención Desdémona escuchaba;
Y cuando los domésticos quehaceres
La llamaban, cumplíalos al punto,
Volviendo con famélicos oídos
A devorar ansiosa mi relato.
Advirtiéndolo yo, propicia hora
Busqué; y trazas me dí para que ardiente
Ruego me dirigiera suplicando
Le narrara mi gran peregrinaje,
Del que partes acaso conocía,
Mas todo no; y, en ello consintiendo,
Correr miré sus lágrimas á veces,
Al referir un lance desgraciado
De mi niñez. Un mundo de suspiros

Al terminar recompensó mi historia:
 Que era extraña, me dijo, asaz extraña;
 Que era triste muy triste; que querría
 Jamás haberla oído, mas quisiera
 Que hombre cual yo la hubiera Dios formado.
 Me dió las gracias; y, si algún amigo,
 Me agregó, yo tenía que la amara,
 Que le enseñase á relatar mi historia,
 Para lograr su amor. Hablé yo entonces.
 Me amó por los peligros que he pasado,
 Y yo la amé por condolerse de ellos.
 Esta ha sido mi sola hechicería.
 La dama ved; atestiguarlo puede.

Entran DESDÉMONA, YAGO y acompañamiento.

DUX. Sospecho, buen Brabancio, que esa historia
 A mi niña también cautivaría.
 Cual podáis, este asunto desquiciado
 Recomponed: más vale rota espada,
 Que no inerme quedar.

BRAB. Oidla, os ruego:
 Que si confiesa que su amor fué mutuo,
 Maldición sobre mí si inculpo al hombre.
 Niña gentil, entre tan dignas gentes,
 ¿A quién en primer término respetas?

DESD. Noble padre, deberes divididos
 Aquí contemplo yo. Mi vida os debo,
 Mi educación; educación y vida
 Que cual dueño me ordenan contemplaros.
 Hija vuestra yo soy; mas ved mi esposo.
 La sumisión que os demostró mi madre
 Cuando á su padre postergara, debo
 Al Moro, mi señor.

BRAB. ¡Que Dios te ayude!

He terminado. Continúad, alteza,
 Los públicos negocios. Más valdría
 Que adoptáramos hijos, no tenerlos.
 Aproximaos, Moro; con el alma
 Eso os doy; que, si vuestro ya no fuera,
 Con el alma de vos recataría.
 A tí, prenda, te debo que me alegre
 No tener otra hija: tu conducta,
 En tirano quizás me convirtiera,
 Y la oprimieran grillos. He acabado.

Dux. Dejadme hablar también. Peldaño ó grada,
 Por do alcancen favor estos amantes,
 Que fuese mi discurso desearía.
 Si el mal no tiene cura, terminada
 Queda, al ver lo peor, pena que antes
 Tan sólo de esperanzas dependía.
 Lamentarse de un mal que ya ha pasado,
 Es de aumentar el mal medio seguro;
 Cuando nos hiere sin piedad el hado,
 La paciencia hace el caso menos duro.
 Algo roba al ladrón el que sonrío;
 Se roba á sí quien en su mal se engrío.

BRAB. El Otomano, pues, á Chipre gane;
 Que no se pierde si reir podemos.
 Con el consuelo que del fallo mane,
 Conformidad acaso aprenderemos;
 Pero se añade angustia á la sentencia
 Si se paga al dolor con la paciencia.
 Ese equívoco fallo que habéis dado,
 Queda en miel ó en acibar convertido:
 Palabras son, y al corazón llagado
 No es fácil alcanzar por el oído.
 Ruego que procedáis con los negocios.

Dux.—El Turco con potentísima armada se dirige hacia

Chipre. Oteló, vos, mejor que otro alguno, conocéis los recursos de esa plaza; y, aunque allí tenemos á otro jefe de reconocida pericia, la pública opinión, soberana guía de toda empresa, os proclama como al más á propósito. Por tanto, debe satisfaceros el que empañe el brillo de vuestra reciente fortuna empresa más ruda y turbulenta.

OTELO. Ese déspota, el hábito, señores,
 Me hizo ver en el lecho de la guerra,
 De acero y pedernal, colchón de plumas.
 Mi íntimo sér en los trabajos goza;
 La guerra, pues, á dirigir me apresto
 Que declarado habéis al Otomano.
 Mas al cumplir, humilde, vuestra orden,
 Que proveáis para mi esposa os pido
 Pensión, alojamiento y servidumbre
 A su rango adecuados.

DUX. Si os parece,
 La casa de su padre.

BRAB. No lo acepto.

OTELO. Ni yo.

DESD. Ni yo tampoco. Mi presencia
 Allí á mi padre impacientar podría.
 Excelso Dux, con amistoso oído
 Atended á mis súplicas, y amparo
 En vuestra voz mi inexperiencia alcance.
 Que al Moro amé para seguir su suerte,
 Mi tenaz voluntad y mi desprecio
 Del porvenir, al mundo lo proclaman.
 La misma profesión del dueño mío
 Me ha cautivado el corazón. Vi sólo
 En la mente de Oteló su semblante;
 Y á su valer y á sus gloriosos lauros
 Yo consagré mi alma y mi fortuna.
 Así, señores, si á la guerra marcha

Y, polilla de paz, aquí me quedo,
De ritos, causa de mi amor, me privan,
Y el tiempo inerte correrá en su ausencia.
Permitidme ir con él.

OTELO.

Oídme os ruego.

Altezas, conceded que libremente
Cumpla su voluntad: no lo reclamo,
Garante me es el cielo, porque ansí
Servir al paladar de mi apetito,
Ni por vivaz pasión: tales ardores
En mí cesaron; ni por justo afecto:
Sí sólo por servirla y complacerla.
Y el cielo impida á vuestras nobles almas
Pensar que puedo, porque esté conmigo,
Descuidar vuestra grande y sacra empresa.
Si fútiles, pueriles vanidades
Del Dios alado, con torpeza insulsa,
Mis ojos ó mis manos invalidan,
Como escudilla en el hogar humilde
Sirva mi yelmo, y vergonzoso oprobio
Empañe de mi honor el puro brillo.

DUX.

Será cual lo arregléis privadamente:
Lo que queráis. El caso urgencia grita.
Responda la premura.

SEN. 1.º

Esta noche partís.

OTELO.

Con toda el alma.

DUX.

Mañana, al dar las nueve, nos reunimos.
Á un oficial aquí dejad, Oteló,
Quien podrá nuestras órdenes llevaros,
Y todo aquello que adecuado sea
Á vuestro rango y puesto.

OTELO.

Si os agrada,

Mi alférez, tan honrado como noble.
La conducción le encargo de mi esposa,

Con cuanto á vuestra alteza pareciere
Que me ha de acompañar.

DUX. Así, pues, sea.

Buenas noches á todos. Noble amigo,

(A Brabancio.)

Si la virtud no exige brillo externo,
Es más blanco que negro vuestro yerno.

SE. 1.º Moro valiente, adiós, y cariñoso
Con Desdémona sed.

BRAB. Moro, observadla.

Que alerta estéis me toca aconsejaros:

La que á un padre engañó puede engañaros.

(Vanse Dux, Brabancio, senadores y guardias.)

OTELO. ¡Mi vida por su fe! Te recomiendo,

Mi Desdemona á tí, Yago excelente.

Te ruego que tu esposa la acompañe;

Y, en propicia ocasión, vayan contigo.

Ven: para hablar, Desdemona, de amores,

Á asuntos atender, y aconsejarte

Una hora me dan, y el tiempo manda.

(Vanse Oteló y Desdémona.)

RODR. ¡Yago!

YAGO. Gran corazón, ¿qué quieres?

RODR. ¿Qué juzgas que debo hacer?

YAGO. ¡Vaya! Irte al lecho á dormir.

RODR. Voy á arrojarme al mar ahora mismo.

YAGO.—Si tal haces, no cuentes luégo con mi amistad. Y
¿por qué, mentecato caballero?

RODR.—Mentecato fuera si deseara vivir, cuando la vida
es un tormento y para morir hay receta, si la muerte es
nuestro médico.

YAGO.—¡Qué sandez! Visto he la faz del mundo cuatro
veces siete años; pero desde que pude diferenciar entre
un beneficio y una ofensa, jamás conocí hombre que se

amara á sí mismo. Antes de decir yo que me quería ahogar por amor de una gaya, me convirtiera en mono.

RODR.—¿Qué he de hacer? Confieso que mi amor es un oprobio, pero no tengo virtud bastante para anularlo.

YAGO.—¡Virtud! ¡Un pito! Somos así ó de otro modo, porque lo somos. Nuestro cuerpo es verjel y nuestro albedrío el jardinero; así, pues, ya sea que plantemos ortigas ó que sembremos lechugas, ó que criemos hisopo ó escardemos tomillo, suministrando al suelo sólo una especie de hierba ú ocupándolo con varias, esterilizándolo con la holganza ó beneficiándolo con la industria, evidente es que el poder y la autoridad omnímota para todo ello yacen en nuestra voluntad. Si en uno de los platos de la balanza de nuestra vida la razón no equilibrase á nuestra sensualidad, la fuerza de nuestra sangre y la bajeza de nuestros instintos nos condujeran á los más atroces términos. Pero nuestra razón calma el ardor de nuestros impulsos, de nuestras instigaciones carnales, de nuestros desenfrenados apetitos, entre los cuales considero retoño ó rama eso que denominas amor.

RODR.—No es eso.

YAGO.—Sólo es un hervor de la sangre con permiso de la voluntad. ¡Vamos, ahogarte! ¡Ahóguense gatos y cachorrillos! Me llamo tu amigo, y á tus merecimientos me hallo ligado con cables de perdurable fuerza. Jamás podré servirte mejor que ahora. Llena de oro tu bolsa. Sígueme á la guerra. Desfigúrate con barba postiza. Digo que llenes de oro tu bolsa. No es posible que Desdémona ame largo tiempo al Moro. Llena de oro tu bolsa. Ni él á ella tampoco. El principio fué violento, y ya verás cómo le corresponde el fin. Tú llena de oro tu bolsa. Estos moros son veleidosos. Rellena de oro tu bolsa. Ese alimento que ahora él estima dulce como algarroba, pronto le parecerá amargo como coliquintida. Ella es joven. Cambiará. Cuando

se harte de él, verá su yerro. Cambiará de seguro. Cambiará. Por lo tanto, llena de oro tu bolsa. Si te empeñas en condenarte, hazlo de manera más decorosa que ahogándote. Reune todo el oro que puedas. Si la santurronería y un frágil voto empeñado á un bárbaro vagabundo por una archiartera veneciana no oponen demasiada resistencia á mi ingenio y á toda la cohorte infernal, la lograrás. Por lo tanto, reúne oro. ¡Al diablo con ahogarte! Ese no es el camino. Trata más bien de que te ahorquen logrando tu gusto, que sin lograrlo de ahogarte.

RODR.—¿Promoverás mis esperanzas si confío en el resultado?

YAGO.—Ten esa seguridad. Vé; reúne oro. Ya te lo he dicho, y te lo vuelvo á repetir una y otra vez, que deteste al moro. Profunda es la razón que me asiste. La tuya lo es igualmente. Unámonos para conseguir nuestra venganza. Si logras burlarlo, colmo de satisfacción será para tí, y para mí de alegría. Hay una infinidad de lances en las entrañas del tiempo que deben salir á luz. En marcha. Véte á buscar oro. Mañana hablaremos más sobre este asunto. Adiós.

RODR.—¿En dónde nos reuniremos por la mañana?

YAGO.—En mi casa.

RODR.—Iré temprano.

YAGO.—Véte; adiós. Oye, Rodrigo.

RODR.—¿Qué quieres?

YAGO.—No hay por qué hablar ya de ahogarse; ¿entiendes?

RODR.—Estoy convencido. Venderé mis tierras.

(Vase Rodrigo.)

YAGO. El necio siempre me sirvió de bolsa.

Mi saber adquirido profanara

Si con este ave-fria malgastase,

Á no ser en provecho propio, el tiempo.

Odio al Moro. Mi sitio se susurra
Que ocupó entre mis sábanas: no trato
De averiguarlo; sólo la sospecha
Considero que basta. Me distingue.
Dominarlo, por ende, me es más fácil.
Casio es hombre á propósito. Veamos.
Lograr su puesto y conseguir mi gusto
Con doble astucia. Y ¿cómo? Meditemos.
Que es por demás afable con su esposa
De Otelo susurrar en el oído.
Él, por su aspecto y trato, es sospechoso.
Para hacer pecadoras fué fraguado.
Franco es el Moro y sin malicia, piensa
Que honrados todos son si lo parecen.
Se dejará llevar por las narices
Cual mula de reata.
¡Aquí está! ¡Ya mi mente lo ha engendrado!
¡Infierno, ven, y ven, noche sombría,
Que el monstruo goce de la luz del día! (Vase.)
